

ROGER MUNIER

*El fulgor del pensamiento**Por Marco Antonio Campos*

Roger Munier es sin duda uno de los más lúcidos pensadores franceses. En Francia aun se le iguala a Cioran. Su poesía es una interrogación asombrosa y sus aforismos deslumbran. Heredero de Heidegger, creador de un mundo donde la sombra se hace olvidar por la luz, su obra es única y parece un firme peñasco en la cima de una montaña.

Entre sus libros se cuentan *El instante*, *El orden del día*, *El cuerno de bruma*, *El visitante* que no viene nunca y *La melancolía*.

La poesía en usted es aforística y el aforismo es poesía. ¿Cómo se enlazan, entrelazan o se contradicen, según el caso?

No escribo aforismos por escribirlos. Escribo bajo el impulso del instante cuando una cosa se me presenta con mucha fuerza y nace una evidencia interior. Y debo escribir rápidamente: en un ticket de Metro, o en una servilleta de papel, o en un papel cualquiera. ¿Y qué veo en este instante? Con toda la rapidez que me impone veo que el único vehículo utilizable es el de la poesía. El aforismo surge las más de las veces de la mirada de alguien o de una hoja muerta en la acera o de una nube que pasa, por ejemplo. Una cosa concreta se me presenta; raras veces es un concepto o una idea. O si es un concepto es casi vivo, casi carnal.

Llega siempre repentinamente, con una gran fuerza casi física. Entonces proferirlo requiere un cierto tiempo, un cierto ritmo, y es la poesía. A eso se añade que sólo la imagen me permite expresar con



Roger Munier

exactitud lo que quiero decir. La poesía es, entonces, la necesidad misma del aforismo. No puedo vivir sin ella y vivo en continua admiración. Yves Bonnefoy me dijo alguna vez: "Admiro mucho tus pequeños textos porque son la poesía misma".

¿Y qué es lo principal para usted en el aforismo?

El fulgor.

Creo que es en el aforismo donde se expresa más escueta y desnudamente el pensamiento. Poner en el menor número de palabras la mayor carga de pensamiento.

Cierto. ¿Por qué? Examinemos un poco. ¿De qué sufre el pensamiento como pensamiento? Sufrir del discurso de la prosa, que se adelanta con majestuosidad y va directamente hacia su meta. Eso

crea un indiscutible placer pero perjudica al pensamiento al diluirlo. Es como si el pensamiento fuera un vino que se rebaja con agua para dárselo a un niño o a una persona enferma. El vino *sufre* mucho del agua. Igual el pensamiento. El pensamiento, para serlo, necesita del relámpago del aforismo. Puedo encontrar en *La lógica de Iena*, que es el texto más abstracto en la doctrina del ser de Hegel, unas cuantas frases que son verdaderos aforismos. Y también podría dejar veinte páginas esenciales de *La crítica de la razón pura*. Lo demás es aburrido, es camino pero no meta.

Como lo describe, el aforismo es para usted una iluminación concreta que hace crear una iluminación verbal.

Heidegger ha dicho que el preguntar del pensamiento es la piedad del pensamiento. Yo diría que para mí el ejercicio del pensamiento en sí, con preguntas o sin ellas, es místico en el sentido más original y neutral de la palabra. Yo vivo una vida intensísima –que se advierte con claridad en mi carácter desbordado– porque vivo *bajo presión*. La menor cosa me pone en alerta. El pensamiento no es la filosofía: la filosofía necesita del pensamiento pero el pensamiento puede pasarla sin la filosofía. El pensamiento es extático. Yo no puedo pensar sin un mínimo éxtasis, sin una sollicitación de mi ser, lo que, por otra parte, me

causa una fatiga indecible. Me *saturó* luego de leer un libro. Puedo detenerme una hora en una sola línea. Me *vivo* en el texto.

La vida espiritual tiene para mí una fuerza que los místicos ponen en la unión con Dios, es decir, soy un místico sin alimento: no tengo Dios con quien unirme. No dejo que me lleven: soy racional. Voy a hacerle una confesión profunda que quizá suene ridícula: hay cosas que tienen tanta fuerza para mí que se me salen las lágrimas.

Y el estilo ¿quién le ayudó a moldearlo?

Nadie. Cuando Roberto Juarroz vino a Francia en 1985 me comentó que había visto mucha gente que le había hablado de mí. Y le decían: "Como Munier escribe -su modo de decir- no lo hace nadie en Francia". Sé escribir. Soy extremadamente riguroso en la escritura, un clásico. Escribo en una lengua muerta, como dije en un aforismo. Sé que el idioma francés está condenado a desaparecer. Será un idioma de cultura, como el sánscrito o el griego. Y por eso debe escribirse muy bien. Uno debe exigirse la perfección. Soy un clásico y busco escribir como los grandes. Igual que Cioran, que escribe como un autor del siglo XVIII.

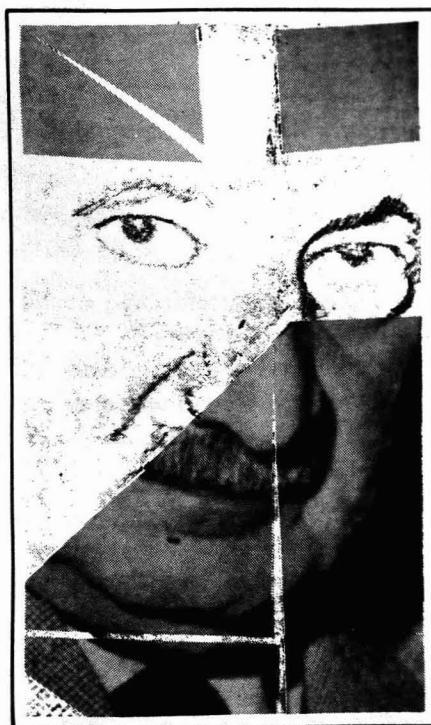
Y en su pensamiento ¿quiénes considera que han influido?

Mi educación fue intensamente cristiana. Quizá lo que me dio el cristianismo fue la revelación de cierta herida en el fondo de las cosas y tal vez de Dios mismo. Esto es lo más profundo de todo. Respecto a la filosofía, deberé hablar antes en un plan anecdótico. Era 1949. Yo había hecho un arduo trabajo sobre la doctrina del ser en Hegel y estaba como asfixiado por la laminación interior que deja su lectura. Necesitaba respirar. Estaba de vacaciones en Alemania, específicamente en la Selva Negra,

aprendiendo alemán. Tenía un amigo, que era el sacerdote de un sanatorio del ejército francés. Y un día me dijo: "¿Sabes que Heidegger vive muy cerca de aquí? Si quieres, te llevo." Acepté encantado y fuimos a visitarlo. Heidegger vivía en un chalet de montaña. La señora Heidegger nos recibió muy afectuosamente. Heidegger me sugirió entonces que leyera *La carta sobre el humanismo*, que acababa de aparecer. Al año siguiente volví a

El pensamiento, para serlo, necesita del relámpago del aforismo

verle. Y empezó una labor de penetración de su obra que duró más de veinte años. Fue una penetración, sí, pero también una fascinación ante lo mejor de la intuición de Heidegger. Para mí no ha sido sino una comprobación: que el ser es finito, que el ser, según Heidegger, es humilde y ambiguo al mismo tiempo. Que es una



Heidegger

dimensión que al mismo tiempo nos llama y abandona. Y hubo una gran cantidad de cosas que me maravillaron y que me ayudaron a circunscribir esa luz que notaba dentro de mí y que es la luz de todo lo que he escrito hasta ahora.

Es una deuda ilimitada.

Prácticamente la única. Los demás me ayudaron y lo aprecio. Pero lo que hay dentro del ser, el terremoto personal, sólo lo hizo Heidegger. Y sigue estando vivo.

¿Y cuál sería la idea central sobre la que funda su pensamiento?

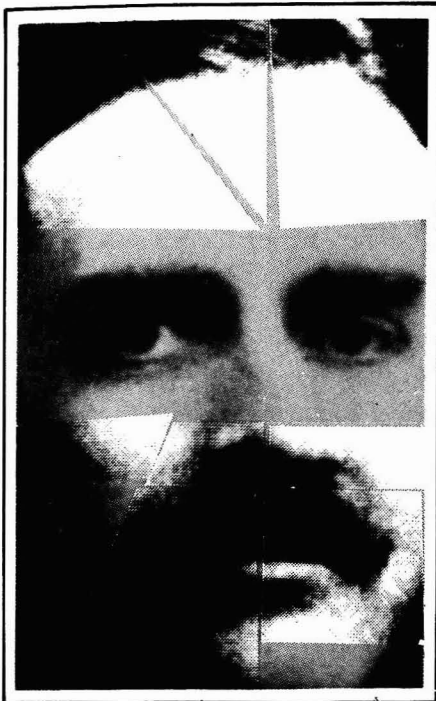
Una toca fundamento: el mundo es una admirable ilusión. La realidad, como realidad, es una ilusión. No quiero decir que la realidad no es realidad. La realidad es realidad pero como realidad es una ilusión. Hay que buscar dentro de ella el punto de contacto con lo que la realidad alude, siendo real. No podemos escapar de la realidad. Ni Rimbaud lo hizo. Escapar a la realidad es la raíz más profunda de mi meditación pero *sin borrarla*. Para ver detrás del espejo debe haber un espejo, y nosotros estamos delante de él. No hay otro mundo sino éste. O como decía Paul Eluard: "Sí, hay otro mundo: es éste".

Hay una afinidad clara con el budismo, ¿no?

Desde luego, pero la influencia ha sido relativa y accidental. Es más una continuación de cosas a las que yo había llegado por otros caminos.

Oímos a Sófocles: "Porque en la vida que vivimos no somos sino imágenes y sombras". Oímos a Shakespeare: "Estamos hechos de la madera de los sueños".

Para mí la vida es sueño y esto podría escribirse como una línea ardiente en mi ataúd.



Roussel

Hablemos de sus contradicciones. ¿Cómo explicaría un temperamento sanguíneo con una escritura breve y fúlgida?

Y anónima. Los que hablan del silencio *hablan*. No saben callar. Yo sé hacerlo. Allí está el caso de mi libro *La corne de brume*.

Soy un ser en contradicción absoluta. Sensual y ascético, frío y emotivo. Pero es más fuerte en la contradicción el elemento de desnudez, de silencio, de contemplación vacía, de humildad, de *borrarme*. Y esto se acentúa con la edad. "La única manera de pensar la realidad tal como es, es la melancolía", pensé esta mañana aquí en la ciudad de México mientras iba al banco y veía pasar una muchacha hermosa. ¿Cómo admirar a esta muchacha y dejarla pasar? No puedo no aceptar la caricia de la belleza que pasa. Creo que esta contradicción es trascendida y dominada en la escritura. Los dos aspectos se funden más en la escritura que dentro de mí, donde siento una contradicción dolorosa.

Y otra contradicción: ¿Cómo conciliar una máquina de

pensamiento con una escritura breve?

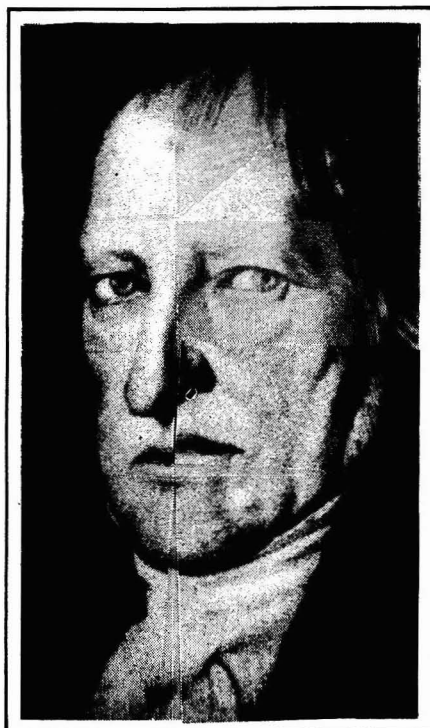
Guardo una pila de *carnets*. Hay allí decenas de obras condensadas, algunas en una sola frase o intuición. Vea: escribí *La forêt dite* (*La selva dicha*) porque me lo solicitaron. No son aforismos. Es discurso y a la vez no es discurso. Es una prosa fluida de principio a fin. Sin embargo puedo decirle que también allí estoy en mi elemento.

Otra contradicción: en su obra enlaza y entrelaza el mundo del pensamiento y del sentimiento.

No veo una división tan tajante. Mi elemento es una mezcla de corazón y razón. En español hay un juego de palabras que habría encantado a Raymond Roussel y a Raymond Queneau. Corazón: co-razón. Están separadas de nuestra mirada pero no de nuestro ser.

Quizás el deslumbramiento ante un hermoso verso o una hermosa idea despierten la misma llama emotiva.

Me imagino que una ecuación debe poner también en éxtasis a un físico.



Hegel



Queneau

A diferencia de los moralistas que estudian detalladamente los rostros de los hombres para grabar una máxima, es decir, que de un grupo de repeticiones características acuñan una observación psicológica, en usted la mirada va más hacia el mundo exterior y hacia sí mismo.

No creo mucho en la individualidad. Estamos atravesados: cada uno tiene su destino pero el destino deja pasar algo. En todo hombre es *el* hombre el que me interesa. Lo mismo en cada mujer. Y en los hombres y en las mujeres lo que me interesa es su destino, más incomprensible que Dios. Dios es claro en el fondo: el hombre es el enigma. Naturalmente no puedo interesarme demasiado en un pequeño detalle de un hombre o una mujer para castigar los defectos y las miserias de nuestros límites. Al contrario: cuando algo dentro de nuestro ser revela nuestra enigmática condición me pone de inmediato en alerta. Soy moralista en cierta medida en mis textos pero fundamentalmente no lo soy. En Francia, además, se suele distinguir a Cioran y a mí diciendo que yo soy más filósofo y él más moralista. Aunque en el modo de ser



Cioran

moralista en Cioran hay una metafísica que es una bomba atómica.

Muchos destacan en Cioran la sola observación moralista, que es lúcida y despiadada. Yo no persigo las miserias del hombre; Cioran sí. Él se pone feliz cuando ha logrado subrayar un rasgo de nuestra miseria. Me interesa esto pero yo soy más amplio. No pretendo juzgar a Cioran, que es un amigo entrañable y un pensador profundo. Quise dar una aproximación de lo que soy.

Y los medios son distintos. Me parece que Cioran, como los grandes moralistas, busca las repeticiones de los rasgos de carácter y usted explora las profundidades del ser.

Profundidades que no pueden separarse de un hombre de carne y hueso.

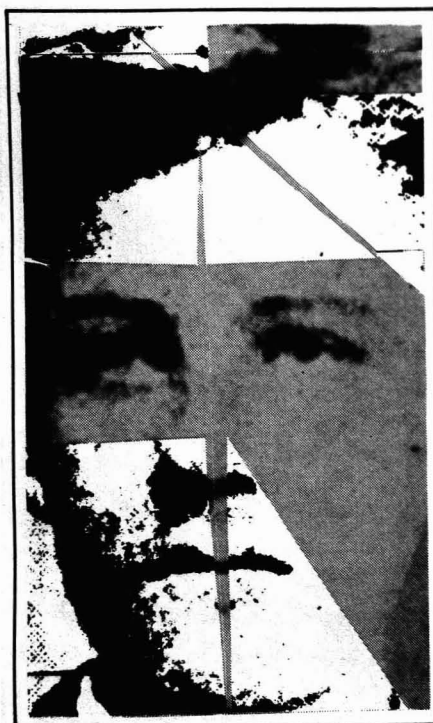
¿Y cuál sería o serían las características distintivas entre usted y los grandes moralistas?

Que cada moralista tiene su ángulo de visión; yo no tengo ninguno. Yo espero que me llegue la verdad.

Dijo alguien una vez que a mí no me importaba hacer una obra. Y es cierto. Pero sí hay algo importantísimo para mí: que después de mi muerte se publiquen íntegros mis *carnets* secretos. Sí, cuando publico un libro hago un *arrangement* musical para que cada pensamiento no destruya al otro, es decir que uno tenga la luz del otro. Cuando muera deben publicarse cronológicamente. Cada pensamiento tiene su fecha y eso

Soy un clásico y busco escribir como los grandes

hará ver el desarrollo natural de un espíritu. Se advertirá que la verdad viene a mí, más que yo haya estado o esté a la búsqueda crispada de ella. La amplitud es mi ley y mi regla. Lo único que necesito es una cierta simpatía en los seres y un equilibrio físico. Siempre estoy en alerta. Por eso cuando veo surgir algo de pronto, lo concretizo y lo apunto. No soy un pensador: *escucho* lo que me viene. Soy un buen *countable* de mi vida mental.



Rimbaud

Hay otra voz que se escucha en su pensamiento: Dios.

De Dios no debería hablarse. Dios es el ausente total. Sin embargo algo me dice en el fondo que esta ausencia sostiene nuestro abandono. Sincera y honorablemente no puedo decir otra cosa. Eso no es una evidencia racional; lo sé. Se acercaría más bien a una fe de las tinieblas. Pero ni siquiera esto: no tengo contacto con Él ni me dirijo a Él. Pero es difícil excluir totalmente a esa dimensión ausente y de pura sombra.

Ante la ausencia de Dios, ¿cuáles serían las salidas para los elegidos y los hombres medianos? ¿Cómo vivir?

Los hombres medianos lo son en su conducta, no en su ser. Cada hombre es infinito. Sólo debe recordársele de vez en cuando. En ellos hay incluso una pequeñísima entrada. Sí. Y a mí lo que me interesa en el ser aparentemente más entregado al *divertissement* (como decía Pascal) es la posibilidad de sacudirlo en una cierta medida. Se ve que es una fachada su estupidez.

Hay que vivir de una forma un poco esquizoide. Hay dos partes: una que consiste en funcionar, y otra que es lo secreto que hay en cada uno. Y esto yo sería capaz de despertarlo en cualquiera. En el ser más entregado al *divertissement* hay una dimensión infinita que hace al hombre. En efecto: el hombre es una criatura enigmática y prodigiosa, incomprensible y llena de posibilidades, aun extremas. No debe uno bajarse: hay que levantar. No tengo secretos para nadie. Rimbaud hace decir a la virgen loca: "La verdadera vida está ausente". Y todo el destino de Rimbaud es no hallar el secreto para cambiar la vida. ¿Cómo hay que vivir? ¿Cómo debe ser la verdadera vida? Lo digo melancólicamente: la verdadera vida no es para nosotros. Y eso nos da la auténtica dimensión: saber que la verdadera vida está ausente. ♦